

La Comuna

Nº 3
Marzo
de 2001

Revista ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 5

Producción:
rasgos actuales
y sus
consecuencias
políticas

Páginas 6 a 13

Del *Rodrigazo*
al blindaje

Páginas 14 y 15

La Comuna
de París

Página 16

Lenin:
El sistema Taylor:
esclavización del
hombre por la
máquina

Dos son los ejes principales sobre los que giran las notas de este número de “LA COMUNA”.

Continuando con el examen del papel de la clase obrera en la Revolución, precisamos hoy el análisis sobre los generalizados cambios que adquiere, en los sectores fabriles, la producción más concentrada y su reflejo en la conciencia del proletariado.

Luego presentamos el primer tramo (1975-1982) de un análisis sobre la disputa por el reparto de poder entre las distintas fracciones de la burguesía local y su estrecha relación con el avance de la gran burguesía financiera a nivel internacional.

Por último, seguimos con la Comuna de París, presentando la tercera nota, a partir del triunfo del proletariado en 1871 y las revolucionarias medidas de gobierno dictadas en el escaso tiempo en que duró su gestión, transcribiendo los jugosos comentarios de Carlos Marx al respecto.

Producción: Rasgos actuales y sus consecuencias políticas

En los últimos diez años, objetivamente se ha producido una agudización en la contradicción antagónica del sistema capitalista. Es decir entre la apropiación individual de la riqueza y la producción cada vez más social, imprescindible en esta época, para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta agudización fue acelerada por una infinidad de factores, cuya base material responde al carácter de la producción en la actual etapa del capitalismo monopolista de Estado, en la que el capital financiero, por un lado, y la superexplotación y opresión de la clase obrera y asalariados en general, por el otro, constituyen la locomotora del avance del sistema.

Sin embargo, como dice Carlos Marx en el Manifiesto Comunista, esta burguesía dominante lleva en sus propias entrañas a su sepulturero.

Para que estos grupos monopólicos pudieran seguir ampliando y concentrando riqueza, necesariamente tuvieron que socializar más la producción, a fin de potenciar todas sus fuerzas, en la lucha sin cuartel con otros competidores.

Para ello, se vieron obligados a seguir dos objetivos: por una parte, prolongar las horas de trabajo, elevar la productividad incorporando nuevas tecnologías con mayores ritmos de producción, y por la otra, readecuar el funcionamiento del Estado a todas estas prioridades, en función de los grupos monopólicos.

SOCIALIZACION DE LA PRODUCCION

La nueva forma de organización que prima en las empresas líderes, radica en una descentralización en el gran establecimiento fabril, para pasar a funcionar en células capaces de controlar con mayor rigor la producción y lograr mayor rentabilidad, cumpliendo así los objetivos de la empresa.

En las industrias de punta, incluidas las de nuestro país, ya se ha dejado de lado la forma de producción “fordista” y se avanzó a células de trabajo de no más de doscientos obreros, indexando sus salarios de acuerdo al resultado de la competitividad.

Se logró así un mejor resultado del trabajo en equipo. En estos sistemas de producción cuenta sobre todo el trabajador polivalente, no sólo hábil por su trabajo físico, sino por su inteligencia y capacidad de abstracción.

Dicho muy sintéticamente, aquí se encuentran los fundamentos de la mayor explotación de los obreros y asalariados que hoy se rigen por estas nuevas formas. No se trata, ni mucho menos, de una mejora en las condiciones de trabajo, sino, por el contrario, de la única vía que tiene la burguesía para prolongar su subsistencia.

¿FIN DEL EMPLEO?

Dentro del concepto reaccionario del fin de las ideologías, floreció la idea del fin del empleo. Así, su pope Jeremy Rifkin, quiso por años justificar la inevitabilidad de los despidos por las transformaciones inherentes a la globalización y las reestructuraciones capitalistas. Sin embargo, no hubo ni fin de la ideología, ni fin del empleo; el país más desarrollado, con la tecnología de punta más importante, la potencia imperialista número

uno, estuvo creando empleo durante los últimos 25 años (tendencia que se aceleró en la década del 90, con la caída de la URSS).

Para los países desarrollados de Europa y Japón, la reducción de empleos tampoco estuvo dada por el avance de la tecnología de producción, sino por las crisis del capital financiero, que arrasaron con sectores de la burguesía que hoy han desaparecido, literalmente, del mapa. Fueron fusionados, absorbidos o liquidados de las mil y una formas que el sistema crea. También en nuestro país, el predominio del capital usurario y la crisis financiera reprodujeron este esquema y provocaron desocupación.

IMPORTANCIA DE LA MODERNIZACION

Como hemos visto más arriba, los grupos monopólicos requieren de más y mejores colaboradores. Así lo dice en La Nación del 31 de diciembre pasado, el gerente ejecutivo de la Cervecería Quilmes, Agustín García Mansilla: “Para distribuir en un solo día diez millones de litros de cerveza se requiere del concurso de todo tipo de ‘colaboradores’; eso sí (afirma con desfachatez), me siento solo a la hora de las grandes decisiones”. Léase apropiación individual de lo producido por 5.100 trabajadores.

La modernización de la producción imperante en estas empresas monopólicas, al generar un proletariado empujado a producir de forma cada vez más social, crea condiciones inmejorables para destrabar su potencial en la sociedad. Ello siempre y cuando dicha clase obrera adquiera conciencia del poder que tiene en sus manos para liberarse del sistema de explotación y poner de acuerdo las relaciones de producción con una justa distribución de la riqueza.

Visto de esta manera, la importancia de la clase obrera crece considerablemente. Desde ya que ella no está dada por el número de obreros, sino por su incidencia en la creación de la riqueza, su alto nivel de cultura, capacidad de abstracción, manejo de todo el ciclo incluidos servicios, administración y comercialización; en definitiva, por la conciencia de su poder.

En los servicios, administración y distribución, participa un importante sector de trabajadores no proletarios, supeditados también a las leyes inexorables del capitalismo y a las consecuencias de las guerras desatadas a la hora de la competencia feroz, sobre los que influye determinadamente la clase obrera.

LA CONTRADICCION FUNDAMENTAL

La clase destinada a ser la “sepulturera” del sistema no da descanso en la batalla contra las imposiciones monopólicas, desde que la socialización que se vive todos los días, choca contra la realidad de la apropiación individual de los propietarios.

La cosa es así: por un lado más socialización de la producción, más células con decisión propia para producir; más capacidad de administración colectiva y también de comercialización y distribución del producto. Por otra parte, la apropiación es cada vez más individual (lo que el sistema capitalista no puede cambiar, puesto que es su motivo de existencia); cada vez los ricos son más ricos.

La contradicción antagónica del sistema se irá agudizando inexorablemente; pero se trata de analizar si el solo hecho de que se encuentren planteadas estas cuestiones objetivas será suficiente para los cambios revolucionarios. Nosotros entendemos que este sistema

no se cae por sí solo si no se lo derriba; y para hacerlo caer es prioritario determinar cuáles son las clases fundamentales enfrentadas; las que objetivamente pueden acaudillar a todo el pueblo y avanzar permanentemente hacia la revolución; o desde el punto de vista opuesto, tener la capacidad suficiente para mantener el sistema.

EL POTENCIAL DE NUESTRA CLASE OBRERA

La socialización de la producción a que nos venimos refiriendo, obligada por el “avance” del propio sistema capitalista, ha creado las bases en nuestro país para desarrollar una clase obrera con una nueva calidad, con una capacidad de producción, administración y distribución, cualitativamente superior a la de otras décadas del capitalismo, cuando éste no había llegado al presente nivel de concentración, cualidades que –con sus particularidades– se extienden a los demás trabajadores asalariados del ciclo productivo. La burguesía monopólica que actúa en la Argentina sólo desarrolla áreas productivas que le puedan dar succulentos y rápidos beneficios. Pero para conseguir ese objetivo está obligada a crear empleo fabril y hacerlo en forma socializada, la nueva técnica que exige la producción de punta.

Más equipo, más democracia en la producción, más capacidades intelectuales de los agentes; y es en este aspecto que la clase obrera necesita tomar conciencia de que aparte de ser superexplotada, está en sus manos quebrar esta historia reaccionaria, en la que los poderes monopólicos retrasan y taponan el progreso social.

De tal manera, se hace necesario que esta clase obrera, los trabajadores asalariados, asuman los compromisos y las responsabilidades necesarios para dirigir los destinos de nuestra patria, a sabiendas que el único poder que no manejan es el político y el único capaz de destrabar la historia.

De tal manera, en el terreno político, las bases materiales que ha gestado el capitalismo monopolista de Estado adquieren aquí una trascendencia mayor, teniendo en cuenta el papel de las clases y las condiciones que objetivamente se abren para la revolución.

No es casual que en nuestra sociedad todo esté cuestionado, fundamentalmente lo que viene del Estado monopólico y de todas sus estructuras políticas e institucionales. Es que además de las experiencias políticas vividas, se está comprendiendo que lo que subyace en la conciencia popular, lo que realmente tiene peso, es la nueva sociedad que puja por nacer, y que sólo un parto, una revolución, liberará las fuerzas contenidas.

Sin duda, sacar a la luz las cosas que están en lo más profundo de nuestra sociedad y adecuarlas a la situación actual, es ir a favor de la historia.

Pero si estos cambios revolucionarios no fueran dirigidos por la clase de vanguardia, la clase que, de alguna manera, está viviendo el futuro (la que resiste firmemente la expropiación ideológica a que aspira el sistema), dichos cambios quedarían finalmente en ilusiones fallidas o nuevas frustraciones.

Del Rodrigazo al blindaje

1. Introducción

En función de profundizar nuestro análisis sobre la actual fase del capitalismo en Argentina expuesto en La Comuna N° 1 (Los grupos económicos monopólicos y la transformación del Estado en Argentina) y 2 (La deuda pública, el capital rentista y la aristocracia financiera), proponemos ahora una precisión básica de cuáles han sido las principales políticas burguesas en los últimos 25 años.

Pensamos que la forma más correcta de enfocar el tema es desde la perspectiva de que estas políticas han sido el resultado concreto de la dinámica de la lucha de clases en Argentina en su relación con las correspondientes fases del modelo capitalista hegemónico a nivel mundial.

El objeto de fondo es contribuir a esclarecer cómo los cambios en la política y en la economía resultan del proceso de tensión que existen entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La idea es también explicar que las luchas sociales –y en particular en los períodos que éstas emergen con gran fuerza– son, en general, la expresión de un momento de gran tensión y punto de torsión dentro de un modelo económico social.

Este repaso busca concentrar su análisis en lo que fueron los inicios del modelo hoy vigente (la Convertibilidad), que transformó a Argentina en una de las economías que mayores concesiones ha realizado al capital financiero rentista.

Como señalamos antes, el carácter de estas políticas económicas y sociales debe su naturaleza a la propia dinámica de la lucha de clases en nuestro país, que a su vez opera en consonancia con las condiciones concretas del contexto económico y político a escala mundial. Enfatizamos esta cuestión porque la crisis política de hegemonía burguesa iniciada en 1975 después de las huelgas obreras de junio y julio, si bien tiene su raíz específica en el desarrollo de las luchas políticas locales que arrancan desde 20 años atrás con el derrocamiento de Perón, también tiene por marco un muy específico contexto mundial.

El panorama internacional de mediados de los setenta estaba dominado tanto por los efectos de la crisis petrolera iniciada en 1973 –con su impacto sobre la economía mundial–, como por la situación de tensión política internacional después del triunfo de la revolución y liberación de Viet-nam del Sur.

En igual línea de análisis, diremos que los logros del programa burgués dominante en la década del noventa en Argentina que puso su énfasis en los negocios financieros (convertibilidad, privatizaciones, desregulación, endeudamiento), tiene no sólo antecedente en el retroceso político de la sociedad luego de la dictadura militar, la derrota de Malvinas y la experiencia hiperinflacionaria, sino que también tiene por contexto el avance del proyecto globalizador luego de la caída del Muro de Berlín en 1989. Sin entrar en detalle sobre cada una de las cuestiones que plantharemos en particular, queremos destacar que la permanente relación entre el proyecto burgués que corresponde a cada etapa de la lucha de clases local, también se corresponde con un estadio de la lucha de clases a nivel mundial.

Bajo esta premisa, puede pensarse que la ola revolucionaria mundial iniciada en 1959 con la Revolución Cubana y que llegó hasta la Revolución Sandinista en 1979, dio paso a una

reacción en el seno del poder capitalista mundial que, con el inicio de la era Thatcher-Reagan, comenzó a desplegar una fase abiertamente contrarrevolucionaria que dura hasta nuestros días.

En el caso argentino, en los extremos del período de nuestro análisis (1975-2000), observamos dos alianzas de clases muy bien diferenciadas, que son las que marcan las particularidades de cada período histórico.

En 1975 tenemos la quiebra final de la alianza histórica, dirigida por una burguesía industrial nacida al amparo de la segunda guerra mundial, y la clase obrera, que se apoyaba en la burocracia del Estado; en términos históricos, al efecto de esta nota, podríamos denominarla capitalismo de Estado.

A fines de los '90 encontramos la consolidación en el poder del capital financiero con apoyo de algunos sectores de la pequeña burguesía y los cuadros políticos. Sin duda, como consecuencia del desplazamiento de tan importantes sectores sociales de la alianza política dominante, hoy las políticas económicas y sociales se expresan en duras condiciones de vida para los sectores populares. De esta manera, puede verse que la fase más reaccionaria del capitalismo lleva en nuestro país cerca de 25 años impactando sobre la conciencia y las condiciones de producción. La idea de esta nota, entonces, será dar una perspectiva histórica sobre este proceso.

Para su mejor comprensión realizaremos una periodización en tres notas sucesivas, buscando una mejor aproximación en cada momento histórico concreto.

Parte I: 1975 – 1982. De la crisis política del 75 a la guerra de Malvinas.

Parte II: 1983 – 1989: De la legalidad burguesa a la hiperinflación.

Parte III: 1990 – 2000: El plan de convertibilidad en condiciones de hegemonía del capital financiero.

2. Antecedentes de la crisis de 1975

Para entender los acontecimientos políticos y económicos de 1975, sin duda es necesario retrotraerse a 1955, momento que marca el fin de la revolución burguesa encarnada en el peronismo como fuerza social, y la necesaria revisión por parte de la burguesía de su política de alianza con la clase obrera dentro de un modelo de capitalismo de Estado. Dicho modelo de fuerte control y presencia del Estado en la economía, las finanzas y la organización social en general, se había sostenido principalmente en el desarrollo de una modalidad de acumulación del capital del tipo extensiva basada en el predominio de la plusvalía absoluta, entendida como la que se obtiene de la extensión de la jornada de trabajo y no de los avances tecnológicos.

La crisis del modelo se produce a partir de la saturación del mercado interno y la falta de competitividad de la economía. Ello generó recurrentes crisis de la balanza de pagos que requerían producir un cambio y una reformulación del modelo económico.

El contexto mundial de comienzo de los 50 era la creciente ingerencia de las empresas norteamericanas en el mundo y la recuperación de las economías europeas en la post-guerra con el Plan Marshall. Así, la crisis económica iniciada en 1952 como producto de una fuerte sequía que afectó al sector agropecuario generador de divisas dio paso al inicio de una disputa interburguesa y a la progresiva pérdida de poder de la fracción industrialista. Esta situación fue la que llegó a su eclosión final en 1975.

Nuestro énfasis en esta cuestión radica en que desde ese momento histórico nunca más ni la clase obrera (privada ya a esas alturas de muchas de sus conquistas), ni aun la

burocracia sindical que pretendía representar a la clase, volvieron a ser parte de ninguna de las alianzas políticas y económicas lideradas por la burguesía que han dirigido y gobiernan este país en los últimos 25 años.

El por qué de este desplazamiento está en el creciente rol jugado por el capital financiero en todo este período, buscando destruir los grados de maduración política de la clase obrera, que afectaba objetivamente las condiciones para una acelerada centralización de la riqueza y para la “extranjerización” de la economía.

3. El ascenso de la lucha de masas, el “pacto social” de 1973; su precariedad

El análisis de los años posteriores a la caída del peronismo y los diversos intentos burgueses por restaurar el orden (Aramburu, Frondizi, Guido, Illia, Onganía) nos lleva al salto cualitativo dado por el movimiento de masas a partir del “Cordobazo” – “Rosariazo” – “Viborazo”, etc. (1969/1971). Estas luchas sociales y políticas abren un período de ascenso de masas con la iniciativa política de la clase obrera.

La salida de las fuerzas armadas del gobierno lleva a los resultados electorales de 1973 (Cámpora) y 1974 (Perón) cargados de expectativas populares. En este período, el conjunto de las representaciones sociales burguesas –y en particular el capital financiero– experimentaron un fuerte retroceso en la esfera política, situación que buscaron compensar con duras presiones económicas en todos los campos de acción disponibles. Comienza así un período de enfrentamiento que marca el punto de origen del proceso de adecuación de Argentina a la tendencia mundial, empezando a expresar la inviabilidad del “Estado Benefactor” como modelo burgués conciliador y su necesaria liquidación, por no garantizar ahora el disciplinamiento social. Esto implicó que la clase capitalista intentara una modificación sustancial respecto a las estrategias y tácticas políticas que hasta entonces había aplicado.

En este contexto, los grandes grupos empresarios que controlaban los mercados de tipo oligopólico comenzaron una fuerte ofensiva contra los acuerdos del “Pacto Social” de junio de 1973. Su principal línea de acción se basó en: el desabastecimiento de bienes de consumo, la no renovación de áreas sembradas y la reducción de las exportaciones. Todos estos factores, en el marco de la activa movilización social y política con iniciativa proletaria, contribuyeron a desarrollar en profundidad la crisis económica y social. Ella derivaría luego en una abierta crisis política, que expresaba la imposibilidad para la burguesía de ejercer sin tropiezos la dominación política y social.

Así llegamos a 1975, momento en que se planteó una muy particular situación. Por una parte, se había agudizado la crisis económica que se expresó el 4 de junio de 1975 en las drásticas medidas antipopulares del ministro Celestino Rodrigo (devaluación del peso, liberalización del control de precios, aumento de las tarifas públicas), y por otra parte, se profundizó la crisis parlamentaria y del conjunto del sistema político-institucional por falta de representatividad. Ambas situaciones, fueron llevando a una crisis general nacional.

En estas condiciones, el capital financiero local que intentaba un proyecto de articulación internacional, y el capital financiero internacional que buscaba recuperar espacios de poder, se lanzaron unidos a la lucha abierta por el control del aparato del Estado, en un

esfuerzo por asumir la dirección del proceso político y social hacia un sentido más favorable para los intereses de la clase capitalista.

Para poder avanzar en esta línea, el nuevo modelo económico-social debía golpear con fuerza a la alianza política implícita que existía entre un sector del capital industrial monopolístico y la burocracia sindical. Esta alianza se sustentaba hasta esos momentos, básicamente, en un esquema de “casi pleno empleo” y altos salarios.

Debe tenerse en cuenta que la estrategia “populista” con base en la distribución progresiva del ingreso tendiente a la ampliación del mercado interno, era una situación que no permitía reimponer el orden social necesario para un desarrollo más global de los negocios acordes con las nuevas condiciones mundiales. Esta situación ocurría en una fase mundial donde el esquema “fordista” de organización de la relación capital-trabajo había entrado en crisis luego que la explosión del precio del petróleo pusiera en evidencia graves problemas de productividad en las economías desarrolladas, en especial la de Estados Unidos.

En Argentina, las contradicciones entre las fracciones capitalistas estaban asentadas en las trabas objetivas que el modelo industrial-populista imponía para el desarrollo de estrategias más sustentadas en los negocios financieros, en plena expansión como resultado de los gigantescos excedentes de dinero generados por la crisis petrolera de 1973.

A fin de aumentar la escala de los negocios financieros, era necesario debilitar el poder de la industria para llevarlo ahora a los bancos y al mundo de las finanzas; este golpe a la industria era también un golpe directo al empleo obrero.

Si bien el proyecto de desarrollo económico sustentado en un esquema de tipo capitalista de Estado había comenzado ya a ser subordinado política y económicamente con el golpe militar de 1955, este proyecto arrastró por décadas un conjunto de importantes condicionamientos para el capital especulativo con decisivos efectos sobre la estructura social y productiva.

Podemos destacar tres condicionamientos: a) El alto nivel de retribución cuantitativa a la fuerza de trabajo y una clase obrera organizada nacionalmente y dispuesta a defenderlo; b) Una división social del trabajo extendida, situación expresada en la producción diversificada para abastecer el mercado interno; c) La activa presencia del Estado en áreas centrales de la economía como ser bancos, seguros, petróleo, servicios públicos, siderurgia, etc.

Habría que aclarar, sin embargo, que las grandes empresas industriales de capital privado, participaban a la vez –aunque en menor escala– de los negocios financieros.

Ranking de ventas en 1975

- | | |
|---------------------|-----------------------|
| 1. YPF (estatal) | 11. ALPARGATAS |
| 2. SOMISA (estatal) | 12. MOLINOS |
| 3. FIAT | 13. CHRYSLER |
| 4. ACINDAR | 14. SANCOR |
| 5. FORD | 15. MERCEDES BENZ |
| 6. ESSO | 16. GENERAL MOTORS |
| 7. NOBLEZA | 17. CONASA (estatal) |
| 8. RENAULT | 18. ACEROS SANTA ROSA |

9. CELULOSA 19. FAB. MILITARES (estatal)
10. PROPUL. SIDERUR. 20. DALMINE

En estas condiciones, la crisis monetaria, económica y social que se desarrolló a partir del “Rodrigazo” sirvió para quebrar las bases materiales sobre las que se asentaba el sistema productivo nacional, sentando los presupuestos para un giro burgués decisivo en materia política y económica.

La eclosión de los precios producto de las nuevas medidas provocó una reacción expresada en las luchas sindicales en una coyuntura de paritarias y en las explosiones de masas. La tensión de la sociedad terminó en 1976 con el aplastamiento militar de la resistencia política activa y con el control del aparato del Estado por parte de una nueva alianza burguesa que no tardó en mostrar los resultados del cambio.

4. El Plan Martínez de Hoz de 1976

Los dos objetivos iniciales del nuevo programa burgués fueron recuperar la tasa de ganancia y restablecer la dominación política. El “Plan Martínez de Hoz” hecho público el 2 de abril de 1976, tuvo por objetivo primordial centralizar el poder político y económico de la clase capitalista en una representación más reducida.

La base ideológica de la nueva política fue la fortaleza estratégica que se confirió al sector privado como motor del desarrollo y el crecimiento. Puede decirse que en este particular período, la burguesía alcanzó uno de sus grados más altos de unidad de clase. Esta unidad no era más que el resultado del proceso de agudización de la lucha de clases en general, que venía desde mediados de los ‘50 y que se correspondía con los importantes grados de unidad alcanzados por la clase obrera.

Ya a mediados de los ‘70 la situación imperante indicaba que para poder romper la resistencia social se debía librar una guerra en todos los frentes contra el proyecto “populista” y contra la propia movilización popular. Esto implicó un sistemático plan de represión al movimiento obrero y a sus expresiones políticas.

El debut de la nueva política no se hizo esperar. Entre marzo y diciembre de 1976 el salario real cayó casi 40% producto del congelamiento de los salarios nominales y la liberación general de precios. Esta situación se mantuvo casi sin variaciones hasta mediados de 1979, generando una enorme transferencia de riqueza de los trabajadores a la industria monopólica, en primer lugar, y luego a la banca.

La caída del poder adquisitivo –que había sido uno de los principales elementos dinamizadores de la economía “populista”–, significó no sólo una clara pérdida para los sectores populares sino que marcó un cambio en el carácter de los negocios en Argentina, que de aquí en adelante restaría también espacio a las fracciones menores de la burguesía industrial.

Así, el conjunto de las modificaciones operadas en aquel entonces en la economía y la sociedad, adquieren gran significado en la actualidad. A partir del régimen impuesto, comienza a hacerse efectivo un nuevo orden en las relaciones sociales. Este orden es el que finalmente logra permanencia en el tiempo y se convierte en dominante.

El análisis precedente permite distinguir y periodizar a la sociedad argentina hasta 1975 por el desarrollo del capitalismo en extensión y profundidad, con base en los sectores

productivos, y a partir de 1976 por el desarrollo del capitalismo dentro de una estrategia monetarista y financiera.

En la primera fase, la base del poder estuvo expresada por la alianza de numerosas fracciones de la burguesía. En la segunda fase, el poder está casi exclusivamente en manos de una reducida capa de la clase capitalista, con un alto manejo de la capacidad financiera integrada, que perfila una conducta de aristocracia financiera.

Partiendo de esta visión, podemos introducirnos en el análisis de los cambios que generó la reforma del sistema bancario y financiero a partir de 1977.

5. Los inicios de la expansión de los negocios financieros

Entre 1977 y 1980 el desarrollo del capitalismo local estuvo caracterizado por el avance del sector bancario y financiero. La sanción de la Ley de Entidades Financieras abrió velozmente la estructura financiera local a las nuevas condiciones de liquidez imperantes en el mercado mundial, induciendo la apertura generalizada del sector bancario, que incluye la descentralización de los depósitos, la liberalización de la tasa de interés (con garantía del BCRA) y la mayor libertad para abrir sucursales o crear nuevas entidades financieras. Se buscaba de esta manera reconstruir el sistema bancario privado nacional, que había operado hasta entonces bajo fuertes condiciones de regulación de tasas de interés que beneficiaban a los sectores empresarios tomadores de préstamos.

En estas condiciones, la tasa de interés real se volvió positiva, quedando de aquí en adelante como uno de los principales componentes del costo total de producción. El desarrollo de las tasas de interés real positivas, como fuente de negocio en sí mismo, fue modificando progresivamente el comportamiento de los sectores empresarios y de numerosos sectores de clase media. El negocio de ganar dinero sólo con el dinero mismo se convirtió, de aquí en adelante, en una arraigada práctica social.

A partir de la implementación de esta estrategia, el sector financiero tuvo un vertiginoso despegue que tendrá implicancias determinantes en la estructura social del país. El aumento del precio del capital-dinero fue un instrumento decisivo para recomponer los mecanismos de regulación de la tasa de ganancia, determinando la quiebra de una parte de la industria que no contaba con condiciones de liquidez y que ante los mayores costos financieros quedaba fuera de la media de valorización del mercado.

En estas condiciones, se da otro golpe de gracia al sector obrero: primero fueron los salarios, luego el empleo. Bajo estas premisas de monetarismo en expansión se empieza a producir la subordinación del sector industrial productivo, especialmente de la fracción que no pudo desarrollar una integración financiera con grupos bancarios.

El nuevo contexto macroeconómico impuso una estricta racionalización productiva, proceso que se expresó en la centralización de capitales que tuvo lugar durante esos años, especialmente a partir de 1978. Entre los casos más importantes se pueden destacar los siguientes: en el sector siderúrgico Acindar absorbió varias tradicionales firmas laminadoras como ser Gurmendi, Genaro Grasso y Santa Rosa. En el sector automotriz se destacan la fusión de Fiat y Peugeot (Safrar) en Sevel y la compra que realizó la firma alemana Volkswagen de la planta de Chrysler. En la industria tabacalera se fusionaron Nobleza con Piccardo y Massalin con Particulares. En el sector alimenticio Molinos Río de la Plata absorbió a la firma Mattarazzo.

Asimismo, en esos años desaparecieron del mercado local empresas y grupos económicos con fuerte presencia en sus respectivos mercados. Los casos más relevantes son la retirada de multinacionales como: Olivetti, General Motors y Otis; la quiebra de dos fuertes grupos económicos locales como Sasetru y Grecco; y la liquidación del importante holding azucarero CONASA en manos del Estado.

Además, luego de la reforma financiera de 1977, en diciembre de 1978 comenzó a implementarse la estrategia de política económica que mayores efectos tuvo sobre los sectores industriales. Esta medida fue el cronograma preestablecido de devaluación más conocido en su momento como la “tablita”, que favoreció una irrestricta y masiva corriente importadora de bienes en detrimento de la producción local y que, además, generó una fuerte corriente de capitales especulativos para aprovechar los altos rendimientos de la tasa de interés en dólares.²

La nueva afluencia de capitales fue la base para el desarrollo de un creciente y acelerado endeudamiento externo. Entre 1979 y 1981 la deuda externa argentina pasó de u\$s 19.000 millones a u\$s 35.700. Vale la pena recordar que a fines de 1975 la deuda externa era de u\$s 9.150 millones.

Estas condiciones de integración de la economía local al mercado financiero internacional marcan los inicios de la imposición material e intelectual de un esquema donde predominará el carácter rentista, convirtiéndose esta situación en uno de los objetivos políticos y sociales con mayor alcance en el tiempo. Esta cuestión tendrá un giro más drástico con la moratoria de la deuda externa de México en 1982, que repliega masivamente a los capitales a sus países de origen y hace entrar en debacle al conjunto de las economías de América Latina, inaugurando una época conocida como la “década perdida”.

6. La primera crisis del modelo financiero. La quiebra del BIR

A partir de la reforma financiera de 1977 se fueron creando las premisas macroeconómicas y monetarias para la desaparición de las empresas más “ineficientes”. El criterio de eficiencia no estaba sujeto al desarrollo de ventajas en la producción, sino en cuáles eran las empresas más capaces para aprovechar las nuevas condiciones financieras de alta rentabilidad. Comienza entonces a producirse un vertiginoso desplazamiento del capital de la esfera productiva al campo de la actividad financiera.

Las nuevas reglas para los negocios trajeron entre 1979 y 1982 la radicación de importantes bancos extranjeros como ser: Banque National de Paris (Francia), Barclays Bank (Inglaterra), Continental Illinois (USA), Banco Exterior (España), Banco Itaú (Brasil), Manufactures Hannover (USA), Morgan (USA), Republic of New York (USA), Crédit Lyonnais (Francia), Wells Fargo Bank (USA), entre otros.

Bajo estas condiciones, se expandió a escala nacional el territorio de la influencia política y cultural de las finanzas con su reflejo creciente en las prácticas rentistas.

Sin embargo, en su desarrollo y extensión hacia mayores espacios de poder y cuotas de mercado, el capital financiero debió sortear complejas coyunturas, como la grave crisis bancaria ocurrida en 1980, a partir de la quiebra del Banco de Intercambio Regional (BIR), segundo banco privado en el ranking de depósitos; y poco tiempo más tarde la caída del Banco de Los Andes, primero en la lista.

El efecto “cascada” no se hizo esperar, impactando sobre el resto del sistema financiero provocando la quiebra de otras 37 entidades financieras. Estas quiebras se extendieron a numerosos sectores de la industria, provocando la caída de importantes grupos económicos locales como eran Sasetru y Grecco.

Esta cadena de quiebras convirtió a numerosas entidades financieras en insolventes y, al comenzar a escasear el dinero, se elevaron las tasas de interés, provocando un importante aumento del endeudamiento de las empresas productivas; una nueva presión sobre los sectores productivos que aceleró el proceso de concentración.

La centralización financiera continuó siendo la herramienta vital para el proyecto de reorganización de la sociedad en manos de menos grupos más poderosos. Todo esto implicó cambios en la cúpula del poder económico. En sólo 5 años transcurridos entre 1975 y 1980 hubo cambios significativos en el ranking de empresas líderes.

Ranking de ventas en 1980

1. YPF 11. SAFRAR
2. FORD 12. VOLKSWAGEN
3. ESSO 13. MASSALIN
4. NOBLEZA 14. LOMA NEGRA
5. SHELL 15. DALMINE
6. SOMISA 16. MASTELLONE
7. RENAULT 17. SANCOR
8. FIAT 18. PROPULSORA
9. ACINDAR 19. ALPARGATAS
10. MOLINOS RIO 20. FAB. MILITARES

El contexto de acelerados cambios ocurrido por la crisis financiera, se transformó rápidamente en 1981 en devaluación de la moneda y en el inicio de un período de fuerte recesión y pérdida del consenso político delegado a las fuerzas armadas por el capital financiero.

7. La crisis de dominación y la guerra de Malvinas

Sin adentrarnos ni en cuales fueron las causas exactas y reales de la Guerra de Malvinas, ni en el papel que desempeñaron las fuerzas armadas en la misma, sí puede señalarse en qué condiciones locales e internacionales ocurrió este hecho.

Localmente, nos remite a un proceso de movilización social ascendente que alcanzó su pico el 30 de marzo de 1982 con la movilización de la CGT a Plaza de Mayo. Esto expresaba el creciente descrédito de las fuerzas armadas como institución de la burguesía. La institución militar ya no estaba en condiciones de establecer un consenso social estable en términos burgueses que permita un orden más tranquilo en los negocios. Internacionalmente, los primeros años de régimen thatcheriano (desregulación de mercados, privatizaciones, etc.) marcaban una creciente impopularidad para las nuevas políticas; la victoria del gobierno inglés en Malvinas, resultó en este sentido una excelente oportunidad.

Por el contrario, las condiciones de derrota militar y política en una guerra contra un país central en el “orden” mundial de los negocios financieros como es Inglaterra, determinó extremas condiciones de debilidad para la burguesía local, ya subordinada a la gran burguesía internacional, que empezó a buscar el retorno a la “legalidad burguesa” como instancia de recambio.

Con base en esta situación de debilidad, se fueron sentando las premisas para un mayor predominio del capital financiero internacional, condición que se empezó a expresar ahora en la mayor gravitación que este sector pasó a tener sobre el control y la dirección del Estado.

A partir de este período, el restablecimiento del “orden burgués” y la resolución de las crisis económicas será cada vez más dependiente de las decisiones de los centros financieros mundiales.

Aún con el retorno al parlamentarismo burgués y al consenso social, el papel del Estado fue reorientado provocando un decisivo giro en sus funciones. Las nuevas relaciones de poder dan así lugar a los inicios de la fase del capitalismo monopolista de Estado, representando esto una nueva vuelta de tuerca en el proceso de socialización de la producción.

8. Conclusión

Para finalizar, destaquemos los siguientes puntos:

- a) En 1972 se había abierto un período de ascenso de la lucha de las masas que comienza a decaer en 1975 y se corta con el golpe de 1976.
- b) En el período analizado, 1975/1982, sobresale la agitada disputa entre fracciones capitalistas tendiente a definir cuál sería el sector dominante en la cúspide del poder.
- c) En la primera parte del referido período, la política monetarista hizo retroceder a los intereses de la clase obrera que estaban ya insuficientemente representados por las cúpulas sindicales. En cambio, numerosos sectores de la pequeña burguesía se vieron beneficiados por esta política.
- d) El resultado de la guerra de Malvinas creaba las condiciones para el desplazamiento de las fuerzas armadas y los cuadros militares del bloque de poder local y el ascenso de funcionarios políticos cada vez más subordinados a los intereses de la gran burguesía internacional. El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado con legitimidad electoral será el nuevo desafío del poder burgués.

1. Tasa de interés real: relación entre la tasa de interés nominal y el índice de precios.
2. La “tablita” era establecer directamente cuál era el tipo de cambio para cada mes. Si la tasa de devaluación preestablecida era menor que la tasa de interés que se le pagaba a un capital, éste obtenía una plusganancia adicional medida en términos de dólares.

La Comuna de París (3ª nota)

El 18 de marzo de 1871, la revolución obrera triunfó en París, el pueblo logró poner a la fuga al gobierno burgués que huyó a Versalles, desde donde comenzaría a preparar la contrarrevolución. El 26 de marzo fue elegida La Comuna de París y proclamada dos días después.

Hasta entonces, ninguna revolución victoriosa se había trazado el objetivo de abolir el Estado nacido de la revolución burguesa de 1789. A la vez, la Comuna se constituyó en la primer revolución en la historia en donde la clase obrera jugó un papel determinante.

Carlos Marx, testigo de lujo de los acontecimientos de 1871, aplaudió y valoró la grandeza de los obreros parisinos. Pero, partiendo de su idea que “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”, el autor del Capital criticó que, a la hora de tomar en manos las riendas del poder, el gobierno de la Comuna no marchara inmediatamente sobre Versalles para darle un golpe decisivo al ejército reaccionario que había sufrido un duro revés a manos del pueblo de la capital.

No por ello Marx ignoró los aciertos de los comuneros, remarcando, por ejemplo, que “si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado”.

El Comité Central de la Guardia Nacional, que detentaba el poder tras la revuelta, dimitió en favor de la Comuna formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal, cuyos cargos eran revocables en todo momento. La mayoría eran obreros o representantes reconocidos de la clase obrera.

Dice Marx que “la Comuna no habría de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con salarios de obreros. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa llevada hasta entonces por el Estado.”

Día a día se sucedieron las medidas de gobierno, entre otras:

- El 30 de marzo de 1871, la Comuna abolió el servicio militar obligatorio y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, la que con tanta determinación y generosidad había sabido defender los cañones para ponerlos al servicio del pueblo sublevado. En ella debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas.

- El día 2 de abril, la Comuna atacó lo que llamaba “el poder de los curas” y “la fuerza espiritual de represión”, al decretar la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión de todas las partidas consignadas en el presupuesto del Estado para fines religiosos, declarando propiedad nacional todos los bienes de la Iglesia. Posteriormente, ordenó que se eliminase de las escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, o sea “todo lo que cae dentro de la órbita de la conciencia individual”.
- El 5, en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna capturados por ellas, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes, pero esta disposición nunca se llevó a la práctica.
- El día 6, el 137º Batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente, entre el entusiasmo popular.
- El 12, la Comuna acordó que la Columna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con el bronce de los cañones tomados por Napoleón después de la guerra de 1809, se demoliese, para tirar abajo uno de los símbolos de chovinismo e incitación a los odios entre naciones.
- El 16, la Comuna ordenó que se abriese un registro estadístico de todas las fábricas clausuradas por los patronos y se preparasen los planes para reanudar su explotación con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándolas en sociedades cooperativas.
- El 20 de abril, se declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y se suprimió las oficinas de colocación, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros.
- El 30, la Comuna ordenó la clausura de las casas de empeño, consideradas una forma de explotación privada de los obreros, en pugna con el derecho de éstos a disponer de sus instrumentos de trabajo y de crédito.

Analizando estas medidas, Federico Engels explicó que “el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, resalta con trazos netos y enérgicos desde el 18 de marzo en adelante. Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus acuerdos se distinguían por un carácter marcadamente proletario.”

Evalúa luego Engels que algunos de los decretos eran reformas (avanzadas) que la burguesía republicana no se había atrevido a implantar. Pero “otros iban encaminados a salvaguardar directamente los intereses de la clase obrera, y en particular abrían profundas brechas en el viejo orden social. Sin embargo, en una ciudad sitiada lo más que se podía alcanzar era un comienzo de desarrollo de todas estas medidas”.

Para Lenin, la Comuna es al principio un movimiento muy heterogéneo y confuso, donde convergieron patriotas (que querían seguir la guerra contra los alemanes), pequeños tenderos (con grandes deudas), así como ciertos republicanos burgueses. “Pero el papel fundamental en este movimiento fue desempeñado, naturalmente, por los obreros (sobre todo los artesanos de París), entre los cuales se había realizado en los últimos años del Segundo Imperio una intensa propaganda socialista”, dice el gran revolucionario bolchevique.

Relata luego que “sólo los obreros permanecieron fieles a la Comuna hasta el fin. Los burgueses republicanos y la pequeña burguesía se apartaron bien pronto de ella: unos se asustaron por el carácter socialista revolucionario del movimiento, por su carácter proletario; otros se apartaron de ella al ver que estaba condenada a una derrota inevitable.

Sólo los proletarios franceses apoyaron a su gobierno, sin temor, sin desmayos, sólo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para todos los trabajadores.”

Lenin analiza entonces que “en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado en lo económico por el capital, no puede dominar políticamente si no rompe las cadenas que lo atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de las bases mismas del régimen social contemporáneo”.

¿Era posible dar ese paso? ¿Acaso no le habían dado a la reacción el tiempo que necesitaba para reagruparse y prepararse con mayor fuerza y ferocidad para ahogar en sangre la “insolencia” del pueblo parisino?

Cuando Marx pinta el entusiasmo de 1871, ya anticipa el final: “Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna de París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro... París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas”.

El mundo viejo de Versalles se aprestaba a aplastar al mundo nuevo de París.

(Continuará)

Los mozos de París

“Los abajo firmantes, defensores convencidos de los derechos de París, ... tenemos el honor de señalar los siguientes abusos cuya abolición radical nos parece entrar en las atribuciones del socialismo:

Los mozos de cafés y restaurantes pertenecientes a la clase laboriosa, defendiendo la República democrática y social contra las tentativas de la reacción, son desde hace demasiado tiempo explotados por sus patrones, quienes descuentan arbitrariamente de las propinas de los consumidores la mitad de los beneficios, los cuales trasladan al salario de otros empleados de la casa.

Esa propina sirve además para pagar los daños materiales cuyas injustas consecuencias los pobres mozos soportan solos...

Esperamos pues, ciudadanos, que en virtud de un decreto que esperamos de su fraternidad iluminada, los mozos, tal como los obreros que frente a sus patrones están en condiciones análogas, cobrarán de ahora en más ellos solos, exclusivamente, los modestos beneficios de la propina, cuyo destino hasta el presente siempre fue contrario a los principios republicanos.”

Manifiesto de los mozos de París.

“Los proletarios de París, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el Poder”.

Manifiesto del 18 de marzo del Comité Central de la Comuna.

El sistema Taylor: Esclavización del hombre por la máquina

El capitalismo no puede detenerse un solo instante. Necesita avanzar y avanzar. La competencia, que se agudiza en forma especial en épocas de crisis como la presente, obliga a inventar constantemente infinidad de nuevos medios para reducir el costo de la producción. Pero la dominación del capital convierte esos medios en instrumento para una mayor explotación de los obreros...

Por ejemplo, se filmó durante todo un día el trabajo de un montador. Después de estudiar sus movimientos se le proporcionó un banco lo bastante alto como para que no tuviera que perder tiempo en agacharse. Un aprendiz, que le asignaron como auxiliar, le alcanzaba cada pieza de la máquina de un modo determinado y más eficiente. ¡A los pocos días el montador realizó su trabajo de montaje de la máquina en la cuarta parte del tiempo en que antes lo hacía!

¡Qué logro en la productividad del trabajo!... pero el salario del obrero no aumenta cuatro veces, sino sólo un 50 por ciento cuando mucho, y únicamente al principio. No bien los obreros se acostumbran al nuevo sistema se les reduce el salario al nivel en que estaba antes. El capitalista obtiene enormes ganancias, pero el obrero trabaja con una intensidad cuatro veces mayor, desgastando sus nervios y sus músculos cuatro veces más rápidamente.

Al obrero recién contratado se lo conduce al cinematógrafo de la fábrica, donde se le muestra una ejecución “modelo” de su trabajo. Al cabo de una semana le muestran en el cinematógrafo su propio trabajo, y lo comparan con el “modelo.”

Todos estos colosales perfeccionamientos se introducen en detrimento del obrero, pues conducen a mayor opresión y explotación de éste, y con ello limitan la distribución racional y sensata del trabajo dentro de la fábrica.

Naturalmente puede pensarse: ¿Y la distribución del trabajo dentro de toda la sociedad? ¡Qué enorme cantidad de trabajo se desperdicia ahora debido al carácter desorganizado y caótico de toda la producción capitalista! ¡Cuánto tiempo se dilapida hasta que las materias primas llegan al fabricante, a través de cientos de intermediarios y revendedores, mientras se hace caso omiso de la demanda del mercado! Y no sólo tiempo, sino que los propios productos se deterioran e inutilizan. ¡Y la pérdida de tiempo y de trabajo hasta que el producto llega al consumidor a través de un sinfín de pequeños intermediarios, quienes tampoco pueden conocer las necesidades de sus compradores y no sólo realizan una infinidad de movimientos superfluos, sino también una infinidad de adquisiciones, viajes, etc., superfluos!

El capital organiza y regula el trabajo dentro de la fábrica con el fin de aumentar la explotación de los obreros, de multiplicar sus ganancias. Pero en el conjunto de la producción social sigue reinando y creciendo el caos que conduce a la crisis, cuando la riqueza acumulada no encuentra comprador y millones de obreros mueren de hambre sin poder encontrar trabajo.

El sistema Taylor –sin que sus creadores lo sepan o lo deseen– prepara el momento en que el proletariado tomará posesión de toda la producción social y designará sus propias comisiones obreras para distribuir y regular en debida forma todo el trabajo social. La gran producción, las máquinas, los ferrocarriles, el teléfono: todo esto brinda mil

posibilidades para reducir a la cuarta parte el tiempo de trabajo de los obreros organizados, asegurándoles un nivel de vida cuatro veces mejor del que tienen ahora. Y las comisiones obreras, con ayuda de los sindicatos, sabrán aplicar dichos principios de distribución racional del trabajo social cuando éste se vea libre de la esclavitud capitalista.

LENIN
(Marzo de 1914)